

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

DIRECTOR

AÑO XXII.—NÚM. 16

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

D. Práxedes Zancada y Ruata

16 DE JULIO DE 1901



TIPOS VENECIANOS



SUMARIO

GRABADOS.—Tipos venecianos.—Blanco eléctrico Chevallier (tres grabados).—Los bohemios.—Puesta de sol (tres grabados).—Bellas Artes.—Distracciones del soldado.—Nota política.

TEXTO.—El poder de la oratoria, por P. Z.—Regeneración, por Mariano Miguel de Val.—El final de una entrega, por Ramiro de Añibarro.—Letras y letrillas, por Daniel Collado.—El blanco eléctrico Chevallier, por Eduardo Gallego.—Markhein, por Robert-Luis-Stevenson, traducción de José Guasp.—Puesta de sol, novela original de Práxedes Zancada.—Notas bibliográficas.—Reclamos y anuncios.

EL PODER DE LA ORATORIA

Estas Cámaras, que hasta ahora nada han hecho notable, han mostrado en cambio una prolífica exuberancia oratoria.

Algunos Diputados noveles se han dado á conocer ventajosamente como oradores.

Los que no tienen facultades para ese género literario y ansían figurar y darse á conocer, han apelado al socorrido procedimiento de interrumpir con frase destemplada diciendo cualquier vulgaridad de esas que de lo único que acreditan es de estultez y presunción.

Y no es que yo niegue el poder político de la interrupción parlamentaria. Aquella célebre dirigida á Robespierre: «La sangre de Dantón te ahoga», fué un terrible ariete contra el revolucionario francés. Pero las interrupciones que ahora oímos en nuestras Cámaras, y más cuando las hacen diputados de la mayoría, de esos que vienen al Parlamento por una lamentable lenidad de los electores, generalmente carecen no ya de intención y sagacidad, sino hasta de sentido común. Levántase de pronto cualquier padre de la Patria, y exclama: «Pues no faltaba más», mira al soslayo y se vuelve á sentar tranquilamente. Y es de esperar que luego ese diputado se jacte de sus euergías. Hay otros que se entretienen en dar puñetazos en los pupitres. Estos son más peligrosos, porque estropean el mobiliario del Congreso; pero por lo demás, tanto esos como los que cultivan los rumores, son completamente inofensivos, y ninguno de ellos pasará á la historia.

Dejando aparte á esa multitud innominada de Diputados sin personalidad, justo es confesar que ha habido algunos *debut*s que han dejado muy bien puesta la fama de los debutantes. Francos Rodríguez, Santiago Alba y Melquiades Alvarez, han demostrado que era justa la notoriedad de que venían precedidos y que hablan con robusta y viril entonación, sobria argumentación y galanura desprovista de artificios y vanos oropeles.

Difícil cosa es ser buen orador. Decía Cicerón con gran acierto, que el orador necesita ser filósofo, poeta y actor. He de añadir que sobre todas las cualidades, debe predominar la última. Mirabeau hablaba siempre con tanta convicción, que sugestionaba al auditorio. Y, sin embargo, no debía tener mucha fe en lo que afirmaba; pues según su mismo padre, no era más que un «mercader de la palabra». Demóstenes, el célebre orador griego, instigó á su pueblo contra Macedonia y su Rey en aquellas célebres *Filípicas*. Los buenos ciudadanos atenienses, pensarían al ver su ardor que estaba dispuesto á dar su vida por la patria, y, sin embargo, llegó la guerra, y en la batalla de Queronea, Demóstenes fué el primero en poner pies en polvorosa.

No quiere esto decir que todos los oradores de fama hayan sido comediantes. En modo alguno. Ahí están los ejemplos de Cromwell, O'Connell y Gladstone en Inglaterra; Thiers, Gambeta y Constant en Francia, y Toreno, Martínez de la Rosa, Moreno Nieto, Ríos Rosas, Rivero, Castelar y Cánovas en España, que demuestran lo contrario.

Castelar y Cánovas fueron políticos convencidos que pudieron tener sus equivocaciones, pero que jamás prostituyeron sus facultades oratorias arrastrándolas por cieno de misera-

bles pasiones. Los discursos de Cánovas en las Constituyentes del 69 deben servir de modelo á todo al que aspire á ser orador parlamentario. Aquella medida en la frase, aquella profundidad en el pensamiento, se impusieron en una Cámara que le era adversa.

Es, sin duda, una de las más bellas páginas de la tribuna española el discurso pronunciado por Castelar contra los cantonales en armas. Es imposible nada tan grande y conmovedor. España vivió aquel día en los labios del tribuno.

Error profundo es creer que la oratoria política ha perdido importancia, ó que sea propia solamente de los pueblos meridionales. La oratoria vivirá siempre en todos los países, pues se basa en un hecho natural que arranca de la sociabilidad humana.

Lo mismo en los Estados Unidos, donde Bryan ha llegado á su posición política merced á la facilidad de su expresión, y donde hay hasta oradores pagados por los candidatos presidenciales para recorrer los diversos Estados, lo mismo allí que en Inglaterra, que en Francia, y en Alemania, y en Italia, la oratoria tiene brillantes cultivadores.

Waldek Rousseau, en ocasión de la discusión de la ley de Asociaciones religiosas, triunfó de todas las reacciones coaligadas por la dialéctica maravillosa de su palabra.

No; la oratoria de los que hablan bien, como Moret, como Silvela, como Dato, como Azcárate, como Canalejas, como Maura, como Alvarez, como Alba, no morirá nunca.

Y no debe confundirse la oratoria con la huera palabrería del charlatanismo.

P. Z.

REGENERACIÓN

He leído un notición,
que á todas luces demuestra
mi opinión
de que ha empezado ya nuestra
regeneración.

Quítese el lector primero
el sombrero,
si ha de saber ¡oh delicia!
la sensacional noticia
que nos trae el noticiero.

«De las provincias del Norte,
después de un viaje feliz,
ha llegado hoy á esta corte,
con su angelical consorte,
Don Conrado Gómez Ruiz.»

Otra de más sensación:
«Han pasado por Iniestra.»
¡Con razón
dije que ha empezado nuestra
regeneración!

Nadie sabe, caso grave,
nadie sabe
si ese tal Conrado Gómez
descubrió la piedra pómez
ó nos inventó un jarabe...

Y por esto en mi opinión
persisto; ya en la palestra
veo á Don
Conrado, luchar por nuestra
regeneración.

Tal vez sea algún artista
antimodernista,
que viene á quitar los premios
á esa plaga de bohemios,
y á usurparles la conquista.

Tal vez sea algún audaz,
de esos de la amarga cáscara,
que con empeño tenaz
viene de arrancar la máscara
á los que ocultan su faz.

Desde luego mi adhesión
tendrá, pues ello demuestra
mi opinión
de que algo se hace por nuestra
regeneración.

Con razón me preocupo.
Cuando á un grupo
le pregunté, numeroso,
darme razón nadie supo
del viajero misterioso.

Que era un maestro alguien dijo,
aunque sin saber de fijo
si de instrucción, ó de esgrima,
ó de baile, ó de obra prima...
Yo con cualquiera transijo.

¡Feliz aproximación
del maestro y la maestra
(si eso son),
que en su viaje nos traen nuestra
regeneración.

Mas sabed que á esto que digo,
un amigo
me acaba de contestar
que el viaje no trae consigo
nada de particular...

Y que ese señor Conrado
es un pariente allegado
del regente de la imprenta,
que viene con su parienta...
¡á examinarse del grado!

¡Oh fatal desilusión!
¡Oh desventura siniestra!
¡Qué ocasión
ha desperdiciado nuestra
regeneración.

MARIANO MIGUEL DE VAL.

El final de una entrega

PARODIA

En el silencio de la noche oyóse el cruzar de los aceros... La calle estaba solitaria; ¡y cómo no!, si habían sonado las nueve.

A pesar de la obscuridad se percibían desdibujadas las figuras de los combatientes, gracias á la incierta luz de un farolillo que, con mortecinos destellos, enviaba sus rayos esparcidos sobre una imagen produciendo la refracción sobre el suelo puntos brillantes que alumbraban el pedestal.

De gallarda presencia eran los combatientes, y, á juzgar por el fuego con que luchaban, jóvenes también.

(Este es el lugar para la copia de la *indumentaria*: color de la capa, género de los chambergos, clase de las espuelas... y con adjetivos puede suplirse la factura de lo que sobre sí llevaban los duelistas, y convertir en artículo de comercio el valor de sus preseas.)

Oyóse un ¡ay!, y uno de los combatientes cayó al suelo. Su enemigo limpió cuidadosamente la espada, embozóse en la luenga capa, y dando al aire la costosa pluma del flamante chambergo, aléjase... detiene su marcha; ha oído que la ronda se acerca, y echa á correr en dirección contraria.

(Esta prosa, cuasi versificada, era de gran efecto en toda descripción.)

* * *

Pero dejemos al que huye (pues «á enemigo que idem puente de plata»), y continuemos la escena de la calle solitaria, alumbrada débilmente por el farolillo...

El herido no esperó al juez que le levantase, pues no quería el autor darle la categoría de muerto, por ser personaje de *tanda*.

Abrese una celosía (esta es indispensable), y en ella aparece una joven de deslumbradora belleza (repito el paréntesis último). No importa que la calle esté á oscuras, y por lo tanto, que sea imposible ver á la dama; el novelista da de ella hasta los menores detalles, como si fuera hija suya.

—Alfonso, ¡Dios me oyó! Espera que saldremos en

tu auxilio—dice la joven cerrando la celosía por miedo al relente.

Y en aquel momento, como si tuviera á su servicio embotellada para caso de apuro, ábrese la puerta de la casa y es conducido el caballero, sin más trámites, á una estancia (aquí se copia el mobiliario... y se exagera.)

Después de la entrada en casa sin permiso de los padres, viene una conversación amenísima é interesante... para los enamorados.

El mayordomo, una vez que ha representado el papel de *mono sabio*, subiendo al herido, se retiró por el foro. Por el bien parecer quedan en el gabinete la dueña, medio dormida, y el paje que mira de reojo á su ama y con envidia al caballero.

La ronda ha seguido su camino sin notar novedad alguna en la villa.

El agresor, como tonto, se mete en casa.

Y el novelista, para que el interés se aumente y pasen los «espíritus fuertes» al siguiente capítulo, termina este con el siguiente *efectismo*:

Óyense pasos... Los enamorados se estremecen de miedo; la dueña se despierta y huye, y el paje sigue en su puesto.

¡Los padres de la joven!... ¡Horror!... y vengan admiraciones.

En la cubierta dice: dieciséis páginas, ocho cuartos en toda España.

RAMIRO DE AÑIBARRO.

Letras y letrillas

¡Sus y á la playa!, que el calor aprieta.

¡Sus y á la playa!, que se va el vecino;

hagamos presurosos la maleta

y a egres emprendamos el camino.

Salgamos todos de la villa y corte,

dejemos el infierno cortesano,

agradable solaz nos brinda el Norte

y sus besos de amor el Oceano.

Acatemos las leyes del progreso,

cantemos á la audaz locomotora;

hoy el veranear, más que un exceso,

resulta una costumbre redentora.

¿Quién es el cursi que se queda en casa

sufriendo del calor las desazones?

Huyamos de este sol que nos abrasa

y del polvo que obtura los pulmones.

Busquemos en los bosques y en los prados

encantos y placeres infinitos;

no nos importe vernos rodeados

de tábanos, avispa y mosquitos.

¡Viajeros al tren!, el mozo grita.

¡Viajeros al tren!, y el pito suena,

humo y vapor la máquina vomita

respirando con fuerza de ballena.

Y en breve la montaña trasponiendo

de la corte nos vamos alejando,

los llanos de Castilla recorriendo

y las brisas del mar ofateando.

Pero basta de ripios con premeditación,

alevosía y demás circunstancias agravantes.

Para ripios bastante tenemos con los que

dicen *si ó no* en el Congreso de los Diputados.

Además, eso de convertirse en panegirista

del veraneo en estos tiempos, resulta un verdadero

cargo de conciencia.

No lo sería si todo el que veranea lo hiciera

con sus propios recursos.

¡Pero hay tantos que se dan lustre con be-

tún ajeno!

—¡Todo está muy malo!—oímos exclamar á

mucha gente.

Y á renglón seguido toman el tren, y ¡adiós,

Madrid!

Cuando vuelven, porque hay algunos que

logran escapar de los accidentes ferroviarios;

cuando vuelven, repito, empieza Cristo á pa-

decir.

Hay familia que, sin quitarse el polvo del

camino, se ve favorecida por un gran número

de visitas.

El tendero, el carnicero, el carbonero, la

modista, la planchadora y otros vecinos cari-

ñosos y de corazón limpio, de cuyo magín no han podido apartar durante el verano el recuerdo de los ilustres si que también tramosos veraneantes.

Algunos de estos son tan desagradecidos y mal educados, que reciben á los visitantes con la mayor indiferencia.

En muchos casos acaban por no recibirlos.

Y en otros reciben ellos una *ovación* de las que forman época en la vecindad é islas adyacentes.

Y tienen que mudarse.

Los padres de la patria, no contentos con disfrutar la franquicia postal, la del azúcarillo y la del caramelo, pretenden ahora que se les conceda la ferroviaria.

Me parece bien.

Porque convengan ustedes conmigo en que hay muchos, muchísimos diputados dignos de hacer una excursión por la línea del Norte.

Conque, apoyemos todos la proposición, á ver si les agenciamos esas cien mil pesetas que solicitan.

¿Quién nos dice que por suma tan módica no podremos obtener ventajas sin cuento?

Si mi voto vale,
diganlo al momento,
correré á emitirlo
lleno de contento.

Venga, pues, al punto
la proposición,
pues les vaticino
buena votación.

Por cien mil pesetas,
que es lo estipulado,
¿quién no se congracia
con su diputado?

Trabajemos mucho
por que se las den,
y gritemos luego:
¡Todo el mundo al tren!

A propósito de pesetas.

En la última sesión celebrada por la Academia de la Historia para dar posesión á D. Antonio Vives, desarrolló éste el siguiente tema:

«La moneda en su aspecto arqueológico, comprendiendo desde la concha fósil oculta en los extractos geológicos, hasta los *blancos* ó *Agnus dei* de Juan I.»

El tema no pudo ser más interesante ni oportuno, puesto que ha coincidido con la lectura de los Presupuestos del Estado.

Por lo tanto se le traslado todo entero al Ministro de Hacienda, el cual, ó mucho me equivoco, ó ha de verse negro para encontrar, no digo un *blanco* ó *Agnus dei*, sino un *quitolis peccata mundi*.

Con *miserere nobis* ó sin él.

En cuanto á los fósiles, ya es otra cosa.

Los hay en abundancia, y con cada concha que no la perora un cañón Ordóñez.

Empezando por D. Práxedes y acabando por Pi, podemos mostrarnos orgullosos de nuestra valiosa colección.

Si á cambio de los fósiles que sobran nos dieran la moneda que nos falta, muy pronto, caballeros, cesarían los duelos y quebrantos de la Patria. Si yo fuera Ministro ó Diputado propondría que en pública subasta fuesen todos vendidos, pues darían por ellos plata y oro en abundancia. ¿Por qué no piensa en ello Canalejas? ¿Por qué Melquiades Alvarez no trata de asunto tan vital en el Congreso? Ambos á dos son hombres de *palabra*, y dudo que haya asunto en que pudieran con más razón y lógica emplearla. Venga, pues, al instante ese debate; venga, pues, al instante esa subasta, y á ver si por los fósiles que sobran nos dan el oro y plata que nos falta.

Con motivo de un discurso del Sr. Moret y otro discurso de D. Alfonso González y un discursazo de Melquiades Alvarez, ha dicho un periódico que la tribuna española está otra vez de enhorabuena.

La tribuna puede que lo esté; pero lo que es el país, no lo crea al colega.

Para regenerarse,
más que oradores
necesitan los pueblos
gobernadores.

Y España será grande
(yo no lo dudo)
cuando sólo se fie
de un tartamudo.

El mitin que el partido socialista ha poco celebró,
merece que se aplauda sin reservas como aquí lo hago yo.

Porque pedir que no nos envenenen ni vendan falto el pan,
debe solicitarlo mucha gente con verdadero afán.

Hay, pues, que celebrar muchos *mitines* y levantar la voz,
pues de los industriales el abuso es realmente feroz.

Pero como pedir dicen que es vicio,
pudieran alegar
que ellos al vicio de pedir oponen
la virtud de no dar.

Por la turbia consabida se armó la gran marejada;
mas la gente fué advertida,
y ha quedado convencida
de que no ha pasado nada.

El Gobierno demostró que el ministro no abusó,
ni en los pagos hubo exceso,
y la opinión se quedó tan satisfecha con *eso*.

Todo lo de los millones fué una grosera patraña de ciertas oposiciones,
pues lo de las filtraciones es imposible en España.

Cese, pues, el torpe afán del que, imitando á Satán,
la llama del odio aviva con tan diabólico plan.
Aquí las gentes de arriba no pecan, ni pecarán.

Bajo sobre, y con la firma «Marqués de la Vega de Armijo», acabo de recibir el soneto que voy á ofrecer á mis lectores.

De la autenticidad de la firma no respondo, porque la letra del ilustre prócer me es desconocida; pero el soneto huele á Mos desde la plaza donde tiene su estatua el más ilustre de los mancos españoles:

¡Vive Dios, que estoy harto de chiquillos
y que diera un Montero por dejallos!
Porque ¿cómo acertar á gobernallos,
si gritan los follones como grillos?

Venga otro director á dirigitillos,
aunque dudo que logre sugetallos;
yo deseo vivir con mis vasallos
en la octaviana paz de mis castillos.

Libre en aquel so'ar de malandrines
saberé infundir coraje á mis legiones
para dar la batalla á los musulines,
pues cuento con forzudos infanzones
que sabrán, como buenos paladines,
vengarme de cuneros y follones.

Esto dicen que dijo el de Aguilar,
y soltando un redondo ¡vive Dios!
de Madrid se marchó sin saludar,
y ahora, como un Octavio, vive en Mos.

Por el dicho,

DANIEL COLLADO.



El blanco eléctrico Chevallier

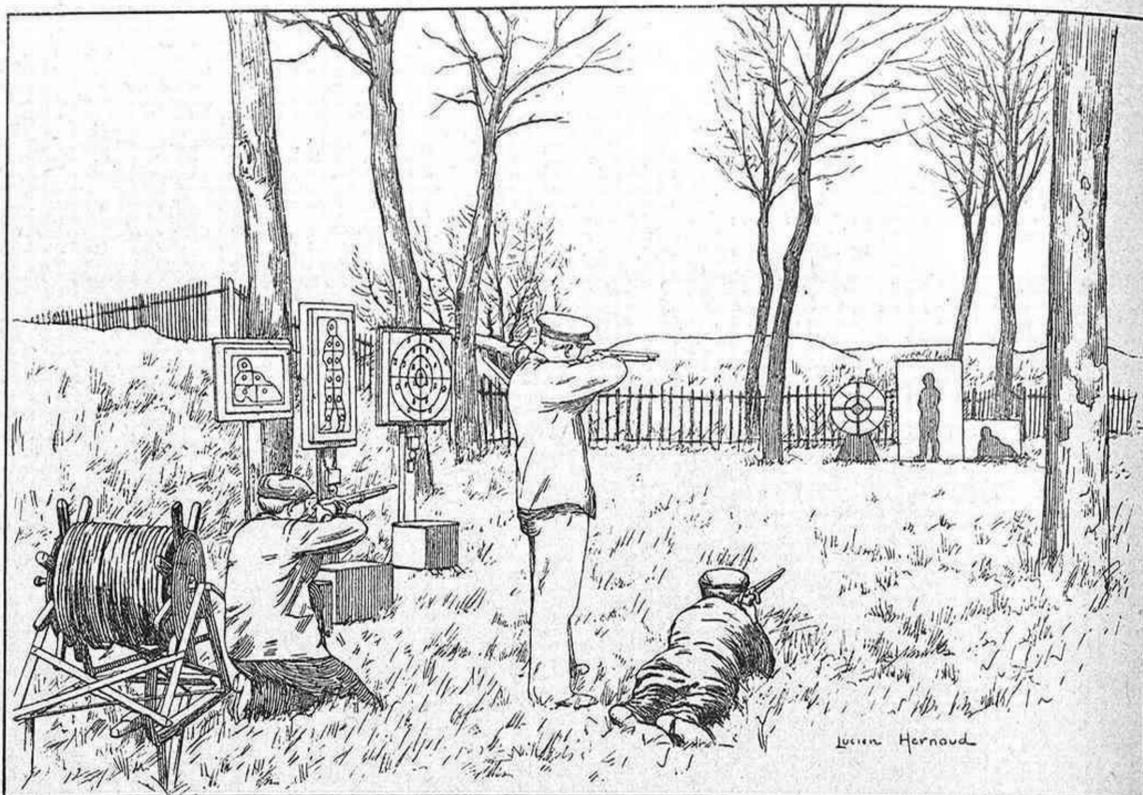
Hace poco más de un mes, la prensa diaria dió cuenta de los buenos resultados obtenidos en los ejercicios de tiro realizados ante los excelentísimos señores Ministro de la Guerra, Capitán general de Madrid y respectivo Estado Mayor, en el campamento de Carabanchel, por el regimiento Infantería inmemorial del Rey, que en una de las partes del programa, con tanto lucimiento desarrollado, disparó á 400 metros sobre el blanco eléctrico Chevallier, silueta rodilla en tierra que posee el mencionado polígono, y habiéndose ordenado la adquisición por la Escuela central de tiro de Artillería de un cierto número de blancos del mismo modelo y diferentes siluetas, creemos útil dar de él una idea aproximada á los lectores de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL.

El fundamento de todos los blancos automáticos es el mismo: un circuito eléctrico, del que forma parte una pila, el blanco y un marcador, permanece abierto, y por lo tanto sin que por él circule corriente alguna hasta el momento que un proyectil choque con aquél, estableciendo entonces un contacto que origina el cierre de dicho circuito, la aparición de una señal indicadora del punto del impacto en el marcador y el sonido de un timbre.

Como se comprende, el empleo de dichos blancos reporta las grandísimas ventajas de no exigir la apertura de fosos, ni la presencia de marcadores, evitándose las frecuentes desgracias y obteniendo mucha mayor exactitud en el tiro, por conocerse el punto preciso de impacto de cada disparo y poder en consecuencia hacer las oportunas.

El blanco ideado por el Capitán del ejército francés M. Chevallier diferénciase esencialmente de los demás sistemas conocidos, por la disposición adoptada para producir el cierre automático del circuito, objeto que es teóricamente tan sencillo de conseguir como difícil de obtener con la seguridad necesaria en la práctica.

El aparato completo consta de tres partes: 1.^a, el blanco metálico; 2.^a, el cable conductor; 3.^a, el cuadro indicador con la pila eléctrica correspondiente.



1.^a *Blanco metálico, propiamente dicho.*— Está constituido por placas de acero templado, de espesor apropiado á la distancia á que el blanco debe funcionar, soportadas por consolas fijas sobre un disco que tiene la forma del blanco; estas placas están situadas en planos verticales paralelos, que se recubren unos á otros ligeramente, manteniéndose en la posición normal por efecto de potentes resortes en espiral. Contra la cara posterior de estas placas se apoyan, gracias á unos resortes muy suaves, los percutores, que á su vez están en contacto en la posición de reposo con una de las bolas que forman la cabeza de los tornillos de contacto, parte principal de los aparatos de contacto, que son los que automáticamente abren ó cierran el circuito eléctrico y señalan el punto de impacto.

Estos aparatos están constituidos por una pequeña caja cilíndrica de eje vertical, dentro de la cual se mueve un tornillo en forma de T de filete rápido terminado por una cabeza formada por tres bolas soldadas juntas.

Como indica la figura, el tornillo tiene hacia el centro una parte de unos 10 centíme-

tros de longitud, de menor diámetro que el resto, la cual se encuentra enfrente de una parte aislada eléctricamente de la caja de contacto.

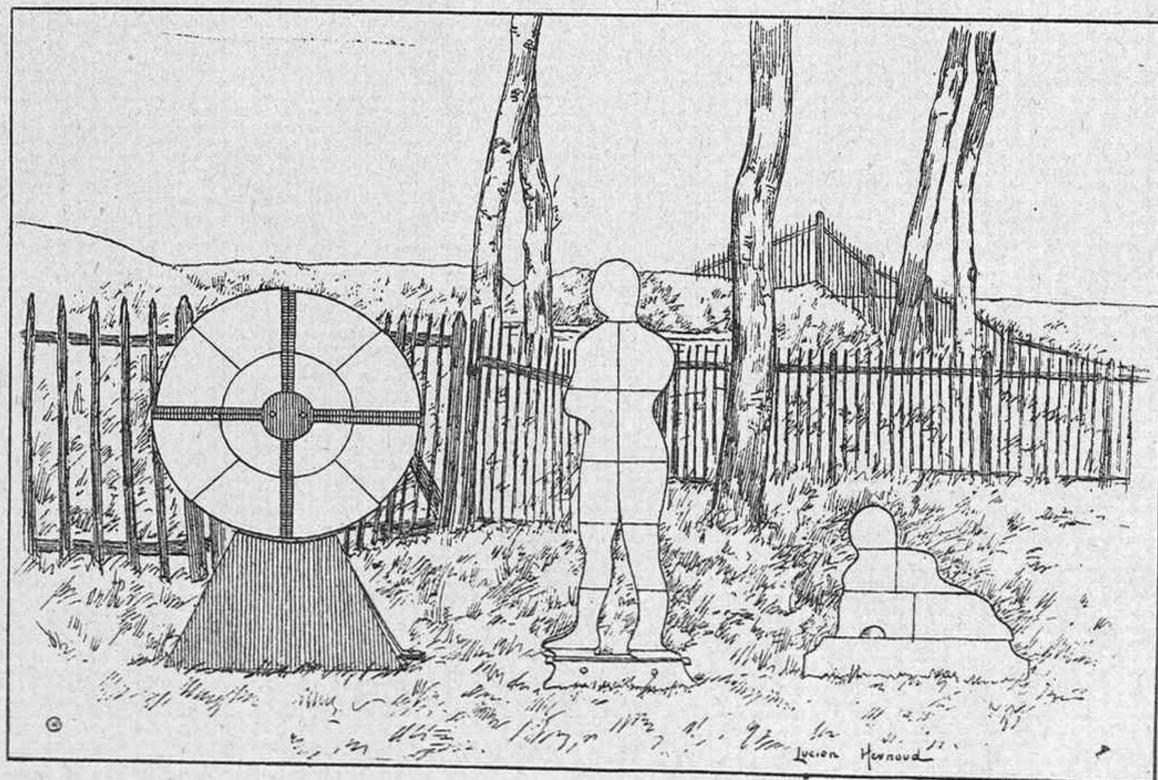
El conjunto del blanco está soportado por un pie de hierro en \perp muy rígido, reforzado por tornapuntas del mismo perfil, fijándose sobre aquél la llave de toma de corriente, en la cual vienen á terminar los conductores que corresponden uno á cada parte aislada de las cajas de contacto, habiendo por consecuencia tantos como placas de acero componen el blanco.

2.^a *Cable conductor.*— Está formado por tantos hilos como sectores tenga el blanco, mas uno que hace el papel de conductor de vuelta de la corriente, el cual es común á todos los circuitos, protegidos convenientemente de la humedad y aislados por medio de varias capas de substancias impermeables y malas conductoras de la electricidad. Todos los hilos del cable se unen por sus dos extremos á una empuñadura de madera provista de los correspondientes tornillos que se introducen en los entrantes de las llaves de toma de corriente del blanco y del marcador.

El cable se arrolla sobre una carretilla especial metálica y ligera, extendiéndolo sobre el suelo, sin más precaución que enterrarlo á pequeña profundidad en los sitios de mucho tránsito, para evitar las roturas de algún hilo.

3.^a *El cambio indicador,* del que da una idea exacta la figura de conjunto, es muy parecido á los empleados generalmente en las instalaciones particulares de timbres eléctricos, con la diferencia de que la figura trazada en su frente reproduce exactamente en escala reducida la silueta del blanco, estando dividido en tantos sectores como aquél y de idéntica forma.

En el pie del cuadro se coloca la caja de pilas, compuesta de ocho elementos *Cassius*, que se cargan con una solución de *sosa cáustica* á 11 grados, sin que haya necesidad de recargarlos hasta que se hayan producido algunos cientos de miles de contactos, pues como el circuito de ordinario está abierto,



aquel talle de ondina que el amor había hecho suyo. Colocada al lado del balcón por donde entraba un rayo solar, y envuelta por él como por una aureola, presentaba una fascinación irresistible. Su pelo tomaba un color leonado, sus labios eran tan rojos que parecían los bordes de una herida abierta, sus pupilas irradiaban sobrehumanos destellos, y todo su rostro adquiría la transparencia delicada de los pétalos rosáceos... ¡Qué hermosa estaba! Su cuerpo, cubierto por una bata azul ligeramente descotada, se erguía lleno de la savia de una plenitud juvenil.

Un vaho caliginoso subía de la calle formando vapores sutiles como una neblina, que eran diáfanos cendales de su belleza.

El culto de que era objeto no pasaba desapercibido para María, y quizá sin malicia, por movimiento instintivo de mujer, adoptaba actitudes que hacían resaltar las líneas de su figura gentil.

Su boca no se abría, pero en aquel ademán gracioso parecía decirle a Juan: «Soy tuya, te pertenezco como blanda cera que puedes modelar a tu antojo... Que tus manos acaricien mi frente ardorosa y que tus besos cierren mis párpados cansados.»

Y los párpados se estremecían como si el pensamiento se torcase en realidad, y sintieran ya sobre ellos el cosquilleo de los labios amigos...

Era una sensación inefable la que inundaba entonces el alma de Juan.

Y así como el gesto de María parecía decir: «Soy tuya», el de Juan contestaba: «Mi sér te pertenece como un atributo de tu belleza. Quiero morir en tus brazos y que mis labios liben las mieles de los tuyos.»

Y los labios de él se estremecían como si el pensamiento se tornase en realidad, y sintieran ya sobre ellos el hálito perfumado de la boca amiga.

VII

La felicidad pasa pronto... Es como las figuras caprichosas que forman los celajes de otoño... Juan empezó a notar en María algo anómalo é inquietante. Advertía en ella tristezas inexplicables y laxitudes extrañas, como al fluctuar entre ideas hechas incompatibles, la lucha de su espíritu enervaba sus fuerzas, sumiéndolas en una indecisión aflictiva.

Esquivaba frecuentemente la presencia de Juan, y sus conceptos eran breves é indefinidos, como si rehuyese la conversación ó le disgustara.

¿De qué modo explicar aquello? La imaginación de Juan concebía mil celosas suposiciones, y detalles insignificantes le hacían formar en su ánimo la imagen de la duda... Sus contornos eran vagos, impalpables, flotaban sobre su cerebro; pero él los sentía posarse á veces sobre su frente con la cadencia de un hierro enrojecido, y así como de gotas de agua se forman los océanos, de pequeñas sospechas se iba formando en su ánimo la imagen de la duda.

«Le engañaba tal vez?... ¡Oh la pérfida! ¡Y parecía tan pura, con su mirada melancólica como una violeta!... Descendió al espionaje, y un día resolvió seguirla... ¿A dónde iría?...»

Exigir fidelidad á la que no era su esposa resultaba insensato, ridículo, risible. Comprendía que ningún derecho tenía sobre ella, y, sin embargo, Juan procuraba no perderla de vista, y semejante al perro que husmea el rastro de la pieza perseguida, hacía afanosamente por distinguir á la que amaba entre la confusión de las multitudes.

¿A dónde iría?... Juan marchaba detrás, anheloso, jadeante, divisando la silueta de María, que sus ojos abotargados destacaban sobre todas las demás cosas, como se destaca una estrella sobre las palideces del crepúsculo...

De pronto vió que María tomaba un coche de punto. Avidamente buscó otro, pero en vano... Entonces una idea obsesionó su inteligencia... La seguiría á pie de todos modos. Sus piernas eran robustas, y recordaba las largas carreras de mozo por las campiñas de su tierra... ¿Qué dificultad ofrecía para él, vigoroso y fuerte, alcanzar aquel vehículo desvencijado tirado por un misero caballejo?... ¡Oh, ninguna!... Y Juan corría, y se paraba, como si el coche fuese el regulador de sus movimientos. La gente le veía pasar entre asombrada y risueña. Una niña, á la que atropelló, se quedó llorando, señalándole con el dedo; pero Juan en

nada reparaba. Para él todo el mundo estaba condensado en María, haciendo depender su felicidad en la carrera loca y obstinada por calles y plazas en persecución de la mujer querida, de aquella mujer que absorbía todos sus pensamientos, como absorbe la tierra sedienta el agua de las lluvias estivales...

«¿A dónde iría?... Los transeúntes, sorprendidos por una nube de otoño que empezaba á descargar impetuosa, se guarecían precipitadamente en los portales de las casas ó asaltaban los cafés con bulliciosa algarrabía... Sólo Juan corría, corría siempre, indiferente á todo lo que no fuese la idea que le atenaceaba su corazón atormentado.

Al fin el vehículo paró y María saltó con ligereza, penetrando en un portal de lujoso aspecto.

El cochero miró á Juan, le sonrió picarescamente, y mientras fustigaba al caballo le gritó al pasar:

«Buena hembra...—El portero, un viejo socarrón, le enteró de todo. En aquella casa vivía solamente, desde hacía poco tiempo, un señor muy rico, y la mujer joven y guapa había ya venido otra vez... Y al decir esto, guiñaba con malicia uno de sus ojillos vivaces.

«¡No, no cabía duda!... María, á la que había levantado un santuario dentro de su alma, ¡era una miserable que se vendía por un puñado de oro!... Aquello era demasiado odioso para que pudiese ser verdad. A Juan le parecía que su sér estallaba y que las fibras de su alma iban á desgajarse como las moléculas crepitantes de un leño encendido... Un desconsuelo profundo dominó entonces su espíritu. La misma silueta de María desapareció entre la opacidad de sus ideas. Sentía un gran vacío y que todo temblaba indeciso en torno suyo, como tiemblan las luces de la tarde heridas por las sombras de la noche. Fué un ensimismamiento doloroso en que perdía la noción de las cosas, creyendo flotar en una atmósfera de tristeza misteriosa é insólita.

De aquel marasmo profundo le sacó la voz chillona



de una vendedora de periódicos, que gritaba con porfía á su lado: «La suerte, señorito; ¿quiere usted la suerte?»

VIII

Era necesaria y precisa una explicación... Y cuando se vieron el uno frente al otro y la mirada de María sondeó la de Juan, al ver su dureza comprendió que estaba él enterado de lo que tanto ella había procurado ocultar, dominada por la irresolución y la duda.

Largo rato estuvo María sin poder articular frase alguna, mirando á Juan fijamente y temerosa de hablarle, al contemplar la frente fruncida de su amante...

Al fin habló, pero sus palabras incoherentes formaban párrafos confusos, fragmentarios... Salían de su boca los conceptos ininteligibles casi, como si no acertase á expresar lo que bullía en su cerebro.

Su marido, al volver de América rico, inmensamente rico por la herencia de un pariente millonario, la había escrito diferentes cartas pidiéndola perdón y

mostrando deseos de verla... Ella había resistido; amaba á su Juan, pero al mismo tiempo el cariño maternal la hacía advertir la falsa posición en que su hija se encontraría en la sociedad.

La lucha entre afectos tan distintos, entre sentimientos tan opuestos, fué amarga y violenta... Al fin, á ruegos reiterados, accedió á tener una entrevista con su marido. Le había encontrado formal y juicioso... Volvía regenerado por el trabajo... No le amaba, sin embargo; su alma era de Juan, pero comprendía que le era preciso hacer el sacrificio de su amor por la felicidad de Luz...

Aquellas riquezas debían ser para su niña, aquel esplendor que encerraba la casa de su marido debía servir de marco para el lindo rostro de la pequeña.

Aquel día su esposo había llorado delante de ella, jurando hacer la dicha de la preciosa niña, á la que apenas conocía, y María vacilaba, sin saber qué partido tomar, fluctuando entre los impulsos de su pasión y los dictados de su deber.

«¿No lo comprendes, Juan—decía,—no comprendes que Luz exige ese sacrificio?...»

Juan no comprendía nada... Veía sólo que el sol de una felicidad sin límites se obscurecía de pronto; que la aureola de luz que rodeaba la cabeza de María, amortiguaba su pureza tomando tonos sombríos, y que aquel cuerpo tan hermoso, tan blanco y deseable, se deformaba á sus ojos de modo grotesco, como si de pronto hubiera sido invadido de virulencias pestíferas...

«¡No! el no comprendía nada, sino que María había caído del pedestal á que la elevaba su fantasía; que la flor que perfumaba su vida rodaba deshojada y sin fragancia, y que por el deseo de figurar, por el ansia de riquezas y ostentación, propio de una mujer frívola y caprichosa, le abandonaba á él, que no era rico, pero que la amaba con toda su alma.

«¡No, no lo hacía por Luz! La niña era el pretexto, y María se hacía á su vista doblemente odiosa porque la juzgaba hipócrita, encubriendo con una falsedad lo real de sus sentimientos.

Entonces se esforzaba por odiarla, por aborrecerla, y procuraba representársela como en su desengaño quería que fuese: de mejillas flácidas, ojos hundidos en las cuencas lacrimosas, greñuda como una furia, los labios exangües y caídos, y en lugar de voluptuosa y modelada como una estatua de Fidias, mostrando como efigie egipcia una angulosidad antipática.

«¡Oh la pérfida!... Su frente estaba marchita... Sus ojos eran verdes cual los de Circe, y tenía también de ella los maleficios y encantamientos que habían trastornado su sér como bajo la acción de un bebedizo.

Nada le bastaba para calmar su dolor. El idilio se había roto para siempre. La presencia del marido que volvía rico era suficiente para romper aquel cariño que parecía tan intenso... Y le abandonaba, no por amor hacia el otro, sino por anhelo insano del oro que traía, de aquel oro con que pretendía engalanar, por vanidad pueril, á la niña que él había salvado de la muerte.

«¡Por qué habría creído en la constancia de las mujeres!... Todas eran lo mismo, todas llevaban en sus cabecitas la volubilidad por idea, y en sus corazones la ligereza por sentimiento... Todas eran mentirosas, todas perjuras. Sus pisadas eran ténues como la de los criminales que acechan en la sombra... Eran seres acres, venenosos que encerraban, bajo las ondulaciones de sus talles flexibles, frialdades de muerte, sólo templadas por el egoísmo.

Imágenes furtivas relampagueaban pasajeras, trayendo la remembranza de las horas felices y de los momentos de la dicha extinguida... Recordó el primer beso cambiado sobre la cuna de la niña salvada, y al vivir aquellas memorias un momento en su imaginación, las ilusiones muertas despertaban en su alma los impulsos desesperados de una rabia impotente.

Vinieron entonces á su pensamiento los versos elegiacos de Espronceda...

«Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños,
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasías,
Deleites tan halagüeños
¿Qué se hicieron?
Huyeron con mi ilusión



BELLAS ARTES—DISTRACCIÓN DEL SOLDADO

para nunca más tornar,
Y pasaron.
Y sólo en mi corazón,
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! dejaron.»

IX

El sueño de Juan fué durante la noche una pesadilla agitada. Soñó que su alma era una frágil barquilla que chocaba y se deshacía contra un témpano de hielo endurecido.

Encontróse Juan al día siguiente algo más sereno y tranquilo. La sobreexcitación febril se había atenuado, y solamente sentía poseído su ánimo por el influjo de una tristeza sombría.

Por la tarde llegó un lujoso coche, para conducir á María y á Luz á su nueva morada.

La niña, al saber que tenía que separarse de Juan, lloraba y se resistía.

—Vamos á ver á papá—le decía su madre.

—No *tero*, no *tero*. Papá es Juan—replicaba ella.

María la puso suavemente sobre sus rodillas, añadiéndole al oído con dulzura.

—Vamos á ver á papá, que te comprará aquel juguete que tanto te gusta.

Luz abrió mucho sus grandes ojos azules. La esperanza del deseo satisfecho ensanchó toda su almita, que brilló gozosa en las pupilas, y así como tras de ligera llovizna resplandece más pura la luz solar, así su rostro, limpio ya de lágrimas, mostróse radiante y puro como el fulgor de un lucero.

El coche iba á partir, y Luz, asomándose á la ventanilla del carruaje, le dijo á Juan simplemente:

—¡Adiós! ¡Adiós!...

Juan quedó allí parado, taciturno y silencioso. Su mirada siguió al coche, y cuando ya no alcanzó á divisarle, un suspiro se escapó de su pecho.

Era una tarde de otoño, melancólica como la sonrisa de un enfermo. Palpitaban en el ambiente ráfagas fugitivas, y la naturaleza semejava una bella que, al entregarse al sueño, se desciñe de sus galas vistosas. Ondas de resplandores vivaces se columbraban en las alturas como las postreras llamaradas de un fuego ardiente. De los cristales de cien balcones heridos por el sol poniente parecía surgir un incendio voraz que se destacaba sobre la mancha gris de los tejados de las casas y los campanarios de las iglesias.

Las nubes, coloreadas por surtidores de luz, formaban celajes capichosos, amarillos como topacios ó púrpuros como arrebales. Franjas de tonos iridiscentes se formaban y se deshacían como los destellos de una fulguración efímera.

Una sombra, ténue primero, densa después, iba avanzando poco á poco... Diríase que extendía sus garras para asir, como el león rampante de un escudo.

El sol, amortiguado en su brillo, parecía despedir áureos resplandores que se reflejaban sobre todas las cosas; y Juan le miró con odio y aversión reconcentradas, porque aquel sol moribundo tenía el color del oro, del oro maldito, que le había robado para siempre el cariño de la mujer á quien, amaba; de la mujer que absorbía todos sus pensamientos, como absorbe la tierra sedienta el agua de las lluvias estivales...

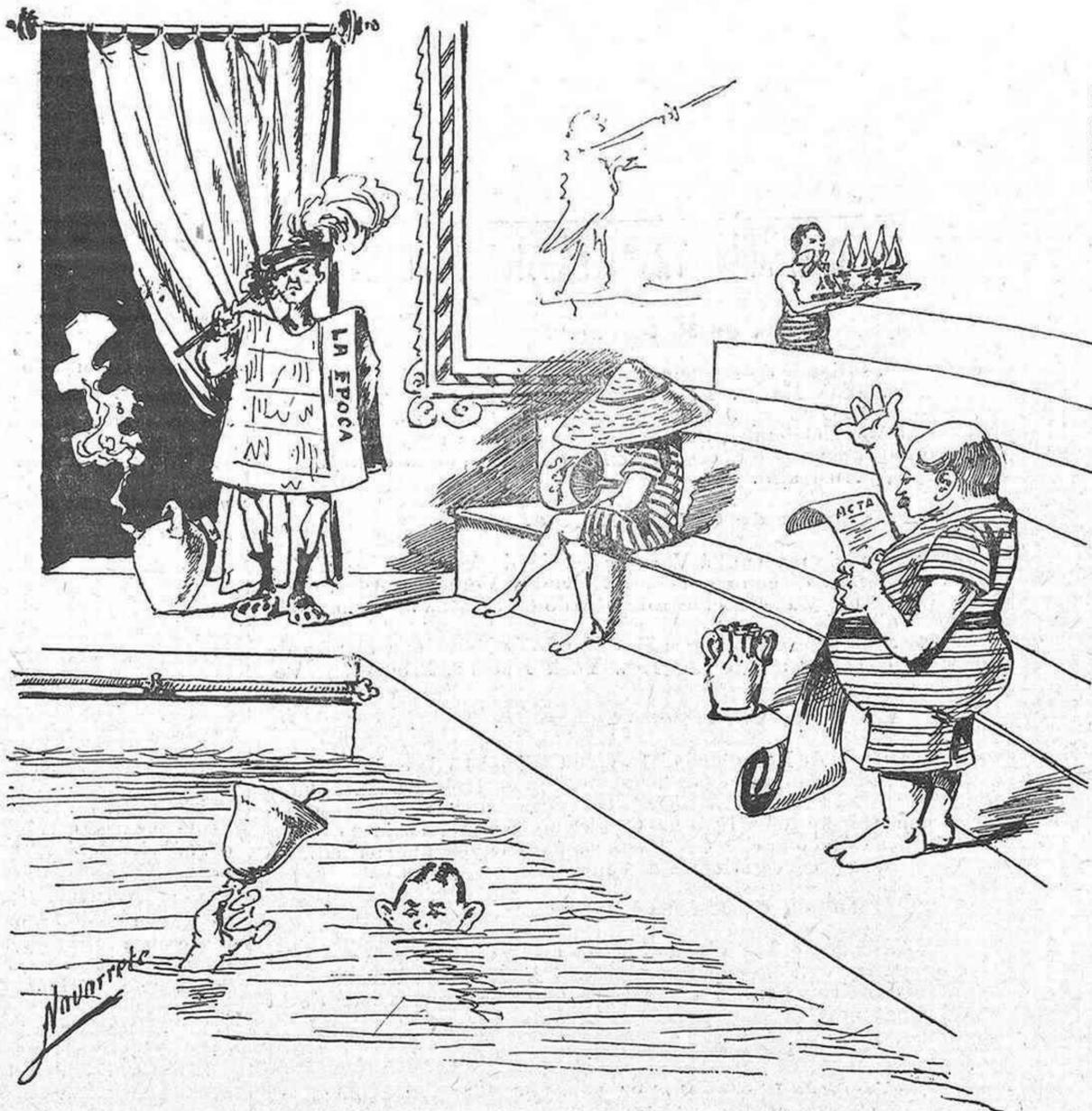
FIN

Notas bibliográficas

Colección Elzevir ilustrada, volumen 22. *De mi viña*, poesías de M. Morera y Galicia, ilustraciones de B. Gili y Roig.—Barcelona.

En LA ILUSTRACION NACIONAL del 26 de Junio de 1897, á los pocos días de estar impreso el volumen 7.º de la Colección Elzevir, *Poesías* de M. Morera y Galicia, publiqué un artículo bibliográfico, del que entresaco el siguiente párrafo:

«Y si mi pluma no es lo suficiente autorizada en asuntos de crítica, vean nuestros lectores lo que acerca del nuevo libro *Poesías* digan los doctores en crítica, pues aunque á más de uno le consuma la envidia, no podrán menos de confesar que Morera y Galicia es todo un poeta de cuerpo entero y con personalidad propia.»



EN EL CONGRESO.—SESIONES CANICULARES

La predicción se cumplió con exceso. Pi y Margall, Balbuena, Clarín, Altamira, Díaz Escobar, Zeda... han puntualizado los méritos que avaloran las composiciones de Morera y Galicia.

Nos place evocar este recuerdo al recibir hoy las poesías *De mi viña*, que constituyen el tomo 22 de dicha colección, y deleitarnos con su lectura.

Nada diremos de ellas sino que son dignas hermanas de las del tomo 7.º. Sobresale, á nuestro juicio, *La gusana* como joya de más valor que las demás.

GARCIGONZALO.

*
* *

Pau Miguel Volodyovski, por T. Sienkiewicz; editado por la casa Maucci, de Barcelona. Esta traducción está hecha con el esmero y la elegancia que tan acreditada tiene dicha casa editorial.

Los Apóstoles, obra de Renau, editada también por el Sr. Maucci.

En el número próximo haremos un estudio de estas dos obras, que bien merecen, por su importancia, la atención de los inteligentes.

*

Fe, preciosa novela de D. Federico Pita, que tiene suficientemente acreditadas sus grandes condiciones de literato, que ha confirmado una vez más con su última producción, llena de interés y amenidad.

Al día, colección de artículos científicos, pedagógicos, críticos y de polémica, por Rafael Ballester, con un prólogo de D. Leopoldo Pedreira. El Sr. Ballester demuestra en este libro que reúne envidiables dotes de escritor, y que obtendrá grandes y merecidos laureos. Nada decimos del prólogo del Sr. Pedreira, nuestro antiguo y querido colaborador, porque la mayoría de nuestros suscriptores conservarán recuerdo, sin duda, de la prosa, siempre amena y florida, del

distinguido catedrático de Historia del Instituto de Cuenca.

La huelga, por D. Sebastián Gomila. Sentida narración que merece ser leída por su galanura y profundidad.

En el próximo número nos ocuparemos de la última producción del distinguido literato que firma con el seudónimo *Pedro Gotor de Busbagueña*, y que trata de *Nuestras costumbres*.

MEMORIAS DE GORON

RAVACHOL

Acaba de aparecer este cuarto tomo de la sensacional obra del famoso jefe de policía de París.

Traducción de Ricardo Vinuesa
Ilustraciones de Rojas

Precio del volumen: TRES PESETAS

También se ha puesto á la venta la TERCERA EDICIÓN del primero, segundo y tercer tomo.

Pasta Dentífrica de Botot SUPERIORIDAD RECONOCIDA 17, rue de la Paix, París. EXIGIR LA MARCA BOTOT.

Dentífricos Antisépticos Superiores de Botot EXIGIR LA MARCA BOTOT, 17, rue de la Paix, París. EN VENTA EN TODAS PARTES.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^o FRANCK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos

Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Váridos, Congestiones, etc.

Dosis ordinaria: 1 á 3 granos

Noticia en cada caja

Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.

París. Farmacia Leroy y principales P^{as}

ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey, de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 5 Enero, 2 Febrero, 2 Marzo, 30 de Marzo, 27 Abril, 25 Mayo, 22 Junio, 20 Julio, 17 Agosto, 14 Septiembre, 12 Octubre, 9 Noviembre y 7 Diciembre; directamente para Port-Said Suez, Aden, Colombo, Penang, Singapoore, Ilo-Ilo y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba y Méjico.

Servicio del Norte: Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Santander el 19 y de Coruña el 20 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela Colombia.

Servicio del Mediterráneo: Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de cada mes directamente para New-York Habana, Progreso y Veracruz.]

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11 y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Puerto Cabello y la Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires. Admite pasaje y carga para Río Janeiro y Santos, con trasbordo en Cádiz al vapor de la línea del Brasil.

Línea del Brasil.

Servicio mensual, saliendo de Liverpool el 24 de cada mes. Hace las escalas de Havre, Pasajes, Bilbao Coruña, Villagarcía, Vigo, Oporto, Lisboa, saliendo el 8 de Cádiz, directamente para Las Palmas, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires, admitiendo carga y pasaje para Punta Arenas, Coronel y Valparaiso, con trasbordo en Montevideo, y pasaje para Montevideo y Buenos Aires con facultad de trasbordar en Cádiz al vapor que hace el servicio directo á dichas Repúblicas.

Línea de Canarias.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente para Casablanca, Mazagán, Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, regresando á Marsella por Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Servicio bimensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de Enero de 1901, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Póo, con escala en Casablanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, Miércoles y Viernes.
Salidas de Tánger: Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

MEDIO MILLÓN DE SEÑAS

Acaba de publicarse el *Anuario de la Exportación, Industria y Comercio*, para 1901.—Paseo Isabel II. 8, Barcelona.

CONTIENE: Las señas de **Barcelona** por apellidos y profesiones. Las del resto de **España**.

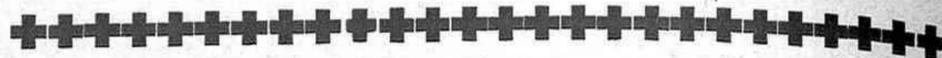
Las de todas las naciones de **Europa** y de las **Américas** latinas. Aranceles de Aduanas de las mismas naciones.

Informaciones para el desarrollo comercial.

Estadísticas de exportación é importación, etc., etc.

Precio en Barcelona, **12,50** pesetas.—En el resto de España, **15** pesetas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS



BLANCO DUCAL

Con base de glicerina, que suaviza y hermosea el cutis, dándole la frescura y transparencia de los quince años; preparados por la casa DORIN, DE PARIS, para la PERFUMERIA FRERA, especial en blancos y tintes.



Pate Agnel—Amidalina y Glicerina

Este excelente Cosmético blanquea y suaviza la piel y la preserva de cortaduras, irritaciones, picazones, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez, y transparencia á las uñas.

En la Perfumería Central de ANGEL, 16, Avenue de l'Opéra y en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces

VIUDA DE CUNILL

Paseo de Areneros, 38.—MADRID

ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapices de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado. Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SAS- trería de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZ- quez. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFEC- tos que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el **CABELLO** y la **BARBA**, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

La Ilustración Nacional

MILICIA, ARTES, INDUSTRIA, MODAS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

PENINSULA

Trimestre.	4,50 pesetas.
Semestre.	9 —
Un año.	18 —

EXTRANJERO

Semestre.	12 —
Un año.	24 —

Anuncios y reclamos precios convencionales.